

El superyó del niño y la crueldad en la escuela

Por Alba Flesler

“Ici se marque le tranchant du couteau entre la jouissance de Dieu et ce qui, dans cette tradition, se présente comme son désir... Il met tout au contraire en valeur la béance séparant le désir de la jouissance.”

Lacan, Jaques: “Des Noms-du-Père”. Du Seuil. París, 2005. Pág.100-101

Para Freud, las instancias moralizantes parecen contribuir a la cultura. El sentimiento de culpa promueve el castigo para el delincuente y los poderes de la conciencia moral frenan la dicha cuando se alcanza la ventaja largamente esperada.

Acorde con esa posición, admite que: “En los niños podemos observar directamente que ‘son malos’ para provocar el castigo, y una vez obtenido éste, se muestran tranquilos y contentos”¹.

Solemos prestar atención a sus reflexiones, sin negarnos a formular nuestras preguntas: acaso, cuando lastiman a otro niño en la escuela, ¿persiguen el encuentro con un severo rigor que los coloque frente a la responsabilidad de sus actos?

Los hechos no siempre se inclinan a indicarlo. Ellos no se parecen al “pálido delincuente” nietzscheano. Se acercan mucho más a la actitud del pequeño Sergei, luego conocido como Hombre de los Lobos, que cuando era niño hacía objeto de sus crueldades a animales diminutos, cazando moscas para arrancarles las alas y pisoteando a los escarabajos, cuando desplegaba sus “actividades plenamente sádicas de signo positivo” mientras fantaseaba con “niños como objeto de malos tratos”².

Es cierto que fantasear no es lo mismo que hacer, como decía Hans en otro de los historiales freudianos. También que su tentación pulsional cedió al influjo posterior de la severidad del superyó. Pero es notable, descubrir al sujeto atenazado entre la presión de los goces pulsionales y los mandatos de un superyó sádico y cruel. Entre uno y otro, Sergei se debatía, atrapado sin salida, sin ley reguladora para orientar los goces en el camino de su deseo.

¿Por qué esta lógica se repite?

El Bullying: algo que no tiene nombre. Se dice que no se entiende, que la actitud parece no seguir patrones de comportamiento ni revelar pautas fijas, y que es motor de situaciones que han llevado a algunos niños al asesinato o al suicidio. Las sombras de la muerte parecen sobrevolar amenazantes sobre el ámbito escolar y espacios aledaños, con variantes que hacen pendular el hostigamiento entre muestras de indiferencia abismal y provocaciones humillantes, entre burlas e insultos, entre el silencio y los mensajes humillantes, entre golpes y empujones.

Se menciona, descriptivamente, que el niño tomado por objeto de ese acoso puede ser gordo o flaco, alto o bajo, callado o extrovertido, nuevo en la clase o veterano; sus atributos no son causa suficiente para comprender cuál es la causa que da el pie y desencadena la

tragedia. Sí se sabe, que las vías se cierran, que a los niños les cuesta contar cuánto sufren, que las más de las veces callan, que intentan dejar de ir a la escuela, que solo hallan salida en un pasaje al acto fatal. La “encerrona”³ cumple su cometido, la escena deja de ser cómica, la tensión dramática detiene su curso y la tragedia gana el escenario escolar, con una ferocidad que no tiene nombre.

¿Por qué en la escuela y por qué en chicos de cierta edad? Las neurosis de la infancia son en general –decía Freud y los analistas lo constatamos– episodios regulares del desarrollo: “aunque se les siga prestando muy escasa atención”⁴.

Los síntomas de hostigamiento de unos niños contra otros niños son episodios regulares en la infancia, no un mal novedoso de este tiempo. Sin embargo, los episodios en aumento precisan elucidar sus razones.

¿Por qué se han incrementado en los últimos tiempos esas escenas en el espacio escolar? Ansiosa por encontrar un nombre, esta época de inquietud e incertidumbre, lo ha apodado como Bullying, importando del inglés un término que alude a quien usa la fuerza o el poder para herir o amedrentar a otra gente. El hostigador actúa, tal como lo haría un bull, un toro. Se trata pues de alguien que arremete con la bestialidad como modo.

Que no sea exclusivo de los niños, no impide interrogar por qué su práctica se afianza y extiende en las escuelas, y por qué esencialmente deja oír sus estridencias en niños y adolescentes entre siete y catorce años.

¿Qué ocurre en ese tiempo del sujeto? Mi interés por indagar la distinción entre edad y tiempos en la estructura del sujeto⁵ me llevó a delimitar tiempos de lo Real, de lo Imaginario y de lo Simbólico en la constitución de la estructura y a considerar que sólo en un buen enlace se recrea el agujero conveniente para la progresión de los tiempos del sujeto. Insistí en resaltar que, si bien su anudamiento engendra un borde en cada uno de los registros para alojar el objeto como causa de deseo, es preciso recordar que, y vale subrayarlo para aquello que nos ocupa en esta oportunidad, el objeto también puede funcionar como un plus de gozar, taponando toda progresión.

Solemos confirmar que no hay progreso y coincidimos con Lacan en que el ser humano guarda en su propia constitución un carozo indestructible. Pero que no haya progreso no impide considerar que haya progresión, aún a sabiendas que ella es contingente. En ocasiones, a falta de la incompletud, cuya lógica le es necesaria, la progresión falla, y los goces pivotean entre las demandas vampirizantes y los despliegues superyoicos, crueles y terminantes. Ambos esclavizan al sujeto, incapaces de relegar una porción de goce idéntico y pertinaz ofrecido al altar de Otro no horadado.

Los fundamentalismos, todos, se nutren de este activo factor, demostrando que el orden simbólico no siempre es pacificante sino fuente de mandatos y sintagmas coagulados, nutriendo también el goce del superyó.

El Superyó y el Ideal en los tiempos del sujeto. Cuando el orden simbólico aloja un agujero, principal y primero para la estructura del sujeto, sus engranajes se mueven en una lógica que admite la castración y hace de la incompletud promotora de los tiempos del sujeto. Cuando esto ocurre, la palabra deviene un significante para otro significante y su acervo abre el tajo diferencial entre el Ideal y el superyó. Lo Simbólico del Otro real, que así

funciona, ofrece opciones para colocar en el horizonte del sujeto al Ideal del yo. Con esta lente, la perspectiva se abre para quien acepta renunciar al espejismo placentero y arrebatador de la mirada unificante, a la tentación de las pulsiones constantes y al goce de los mandatos sadianos del superyó, dando lugar a una falta ocasional para mirar más allá de su ombligo.

Sólo alcanzando a vislumbrar ideales y proyectando en esa dirección su deseo, el sujeto puede liberarse del atontamiento yoico, de las servidumbres superyoicas y del vasallaje pulsional. Los ideales, herederos de una diferencia admitida entre el Ideal del yo y el yo ideal, podrán propiciar el avance subjetivo.

Paso a paso, descubriendo la distancia entre el Ideal y el objeto, se abrirá para los niños una oportunidad de andar el camino de la exogamia. Pero nadie avanza sin luces en el camino. La diferencia puede tornarse inaceptable, lo familiar extenderse a lo social llevando a la segregación del otro, a su recusación o más expresamente a su aniquilamiento.

Que los desbordes pulsionales hacen buenas migas con los excesos del autoritarismo más cruel, suele estar bien demostrado por las dictaduras de todas las épocas. Cuando la castración del Otro no funciona, el goce reina cual tirano cruel. Destinos pulsionales y sintagmas superyoicos tiranizan al sujeto y parecen unir sus fuerzas sin límite, cuando no disponen del efecto pacificante de una ley que legisle y regule.

Entre los siete y los catorce años. Cada momento de la vida, cada tiempo del sujeto demanda una redistribución de goces. Concluida la primera infancia se inicia la latencia, pero lejos de quedar latentes los goces quedan latiendo. El contrapunto entre saber y sexo apuñala con prisa el tiempo de comprender aquello que el niño ha descubierto en la primera vuelta de su despertar sexual. Lo real del goce genera urgencias que no saben esperar. Hacen falta coordenadas simbólicas, que le den marco y límite a los desbordes. Ellas se producen tiempo a tiempo en la infancia, y son dependientes de los emblemas familiares y del discurso de la época. Cada tiempo histórico, va entregando, o no, los recursos que hacen falta para alcanzar los objetos prometidos a goces futuros.

Entre los siete y los catorce es el entretiem po entre uno y otro despertar. Un tiempo en que los chicos no saben muy bien qué hacer con su vida. Las vicisitudes de su travesía pueden llenarse de hastío y aburrimiento, cuando la homeostasis yoica se le impone. O peor, de tentaciones pulsionales plenas de enredos y juegos desatinados presos de la desorientación cuando no de mandatos superyoicos.

Prisioneros de una actualidad que satura los espacios y procura con vehemencia su llenado, al niño se le reduce el encuentro con el vacío, nada le procura la falta de objeto y todo colabora para desorientar el deseo. La época contribuye, desvelando los corazones con la devaluación de los ideales de otrora y enfrentando a los niños con graves falencias en la autoridad de los padres, tantas veces más desorientados que ellos. Con este panorama, recurren a esas viejas y conocidas instancias que siempre saben cómo matar el tiempo: las tentaciones pulsionales y los mandatos del superyó. Ellos nunca se alimentan de preguntas, siempre ofrecen respuestas y proponen llevarlas a cabo con premura y crueldad. Sin matices ni concesiones, a muerte. La demanda pulsional y el severo superyó están repletos de saberes consabidos coagulados en lenguaje que ausenta la palabra. La pobreza simbólica siempre se coloca de su lado y se les alía.

¿Qué, en nuestra actualidad, para favorecerlo? El hostigamiento a otros siempre existió en los chicos de esas edades y la segregación está en la base de todo agrupamiento. Sus ecos siempre resonaron en todos los niños que empiezan a transitar ese momento de la vida en el que los grupos de pertenencia son el resguardo para ir más allá de su familia. Por eso, hallarlos es tan importante y el sufrimiento inmenso cuando se enfrenta la exclusión. Muchos niños se quedan mudos cuando se apilan los goces, y el sujeto no halla respuesta. Faltan las palabras, suele haber Verbluffung, anonadamiento. Es que el destino de ese tiempo de la vida depende de los recursos simbólicos recibidos del Otro real para alojar lo diferente.

Su falla se evidencia tanto para el niño que hostiga como para el que es acosado.

El primado de las pulsiones y de los fundamentalismos superyoicos es efecto de la progresiva falla de la operación nominante del padre y el concomitante desfallecimiento de su función de autoridad. Asistimos a una versión del padre desautorizado. Él no se autoriza y tampoco lo hace el discurso social al confundir la ley con la censura, la autoridad con el autoritarismo, y toda represión como improcedente restricción de la libertad del sujeto. Cuando nada está prohibido todo es obligatorio. La existencia peligra a merced del goce y la vida se ve llevada en tobogán a la muerte.

Llaman al bullying “la epidemia silenciosa”, tal vez porque a pesar de sus presentaciones variadas conserva un elemento común: la ausencia de la palabra. Percepción dolorosa de una repetición, hace del testigo un observador indiferente de la acción, un “by standers” como lo llaman los sajones. El maltrato sistemático y continuado entre pares no parece llamar la atención.

Sin suspensión de los goces parasitarios, el lazo social cae en bancarrota. Y no debe sorprendernos que lo no ordenado en la escena familiar se muestre fuera de ella.

Hace tiempo que la escuela se ha convertido en el “ring” de una escena que traslada a lo público lo que no logra tramitarse en lo privado. De la familia a la escuela, el acting se hace out cuando no pasaje al acto. Busca que alguien responda a los goces pulsionales que encallan en acantilados inexpugnables.

Llamado al Otro que se demora en responder, que desconoce que la urgencia pulsional no admite espera sin mojones, que el pasaje a la pubertad reclama un agente ordenador del tránsito. El desfallecimiento de la autoridad, y sus consecuencias sobre la desacreditada función nominante del padre, hoy dirige su reclamo a otro ámbito, uno obligatorio, aquel al que por la ley social se debe concurrir.

Escenario de transición entre la endogamia y la exogamia, la geografía de la escolaridad enfrenta en estos días la pregunta por la responsabilidad que nos cabe a los adultos ante el problema escolar. Considerarlo como síntoma, libera la palabra amordazada y nos invita a hablar y decidir.

1. Freud, Sigmund: “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985. T.XIV.

2. Freud, Sigmund: “De la historia de una neurosis infantil” (1918 [1914]). Obras completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985. T. XVII

3. Ulloa, Fernando: Novela clínica psicoanalítica. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1995.

4. Freud, Sigmund: "Inhibición, síntoma y angustia" (1926 [1925]). Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985. T. XX Pág. 139
5. Flesler, Alba: El niño en análisis y el lugar de los padres. Ed. Paidós. Buenos Aires, 2007